

En este número de *Crítica*, el Instituto de Investigaciones Filosóficas publica el homenaje a Thomas Moro Simpson celebrado durante el XIII Simposio Internacional de Filosofía del 15 al 19 de agosto. Thomas ha estado asociado a la revista desde su aparición en 1967 y continúa colaborando en ella, por ello nos complace dedicarle este número.

PALABRAS DE ALEJANDRO ROSSI

Me parece admirable que el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM le rinda un homenaje a Thomas M. Simpson. Sobra decir que para mí es un honor presidir esta mesa. Quizá algo más: el asombro de que la vida, que tiene tantas discordancias, me permita —después de casi treinta años de conocernos— estar de nuevo con mi amigo Thomas. Significa que algunas cosas, por lo menos, han funcionado bien. El motivo de la reunión es, por supuesto, inmejorable, la celebración del trigésimo aniversario de la publicación de *Formas lógicas, realidad y significado*.

Tuve la suerte, no hay otra palabra, de dar con el libro muy pronto y aún recuerdo el alivio, el placer diría, de descubrir a un compañero de preocupaciones. La llamada “filosofía analítica” era entonces prácticamente desconocida —o apenas tomada en cuenta— en el mundo de lengua española. No me gustaría, en este contexto, olvidar el nombre de la única persona que también lo había comprado en México: César Nicolás Molina Flores, hombre curioso y él mismo personaje curiosísimo, a la vez trotskista y positivista lógico, combinación, digamos, no frecuente. Alguna

vez, sin duda, tendré que detenerme en él. Pues bien, en 1967, el Instituto —ya bajo la dirección generosa y abierta de Fernando Salmerón— invitó a Thomas a impartir un curso. Esto, ahora, suena normal, casi una trivialidad institucional, pero en aquella época costó mucho trabajo, entre otras razones por la precaria situación económica. Así que el primer encuentro con Thomas fue en el aeropuerto de la Ciudad de México y de inmediato supe —por una suerte de iluminación que no exige pruebas— que seríamos largamente amigos. Si lo pienso hoy, creo que nos unían tres elementos: la teoría de las descripciones, Buenos Aires y el amor a la escritura. Con el tiempo descubrí otras claves de nuestra amistad: el gusto por el juego limpio, la preferencia por un temple intelectual que se ejemplifica en la Ilustración, el humor —¡faltaba más!— y también, lo diré de modo suave, ciertas dificultades compartidas en nuestras relaciones con la Realidad. Tal vez sea ésta la afinidad más honda.

Estoy convencido de que *Formas lógicas, realidad y significado* es un gran libro. El tiempo no lo ha herido. Después de treinta años de lectura está vivo y coleante, tan eléctrico como entonces. Pero al calificarlo de un trabajo extraordinario, no sólo me refiero a su calidad teórica. Pienso por igual en la importancia pedagógica que tuvo y tiene. Ha sido un libro que ha estimulado vocaciones, que limpió los ojos de muchos muchachos que se iniciaban en la filosofía y les demostró que la brillantez conceptual no está reñida ni con el humor ni con la pluma bien afilada. Una manera ejemplar de hacer filosofía.

Al rendirle este homenaje a Thomas Simpson —en el que participarán Margarita Valdés, Raúl Orayen, Alberto Morretti y Manuel Comesaña— el Instituto de Investigaciones Filosóficas se honra a sí mismo y reconoce como suya esa tradición, esa *manera* de ejercer la filosofía. ¡Bienvenido Thomas, estás en tu casa!

PALABRAS DE ALBERTO MORETTI

A dos años de nacido, *Formas lógicas, realidad y significado* se enfrentó a los rigores de la vida académica argentina. Cierta grupo de profesores de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires no le caía bien a los militares recién autodesignados para controlar la vida pública. Algo de razón les asistía, pues los mentados hacían gala de frescura y vigor intelectual, se preocupaban por la discusión democrática de los asuntos comunes, preconizando al mismo tiempo valores de difícil realización, como la coherencia, el respeto y la claridad. Thomas Simpson integraba ese grupo, y *Formas lógicas* era una prueba contundente. En este libro por primera vez se exponían, por escrito en la Argentina, aspectos fundamentales de la llamada filosofía analítica, entonces muy desconocida en Sudamérica. Y, cosa curiosa en esas latitudes, se lo hacía con inusual comprensión de su entramado teórico y con minuciosos análisis críticos de sus problemas. Su calidad literaria mostraba además —aunque, claro, no lo decía— que los límites del libro no eran los del autor.

Durante diecisiete años la cultura pública establecida y, en particular, la Facultad de Filosofía de Buenos Aires ignoró, en el peor de los sentidos, las enormes posibilidades de desarrollo intelectual que este libro exhibía de manera obvia. El libro junto con su autor y un grupo de intelectuales, algunos muy jóvenes, estaban en plena efervescencia. Todos fueron sistemáticamente desalentados, lo que produjo uno de nuestros mejores ejemplos nacionales de dilapidación y torpeza cultural. Su autor y sus colegas desaparecieron de la universidad pública. El libro, publicado por la editorial universitaria, seguía en el catálogo pero no en las aulas. Por lo menos tres generaciones de estudiantes no supieron de él ni de su circunstancia. Su influencia se

restringió a círculos privados y al encuentro fortuito en los quioscos de venta de la propia editorial (que, desde luego, no fomentaba su distribución).

Haber cursado la carrera de filosofía en Buenos Aires en la década de los setenta es, a estas horas, una experiencia irrepetible. Pero, sobre todo, afortunadamente irrepetible. En ese entonces ocurrieron demasiadas cosas que habría sido mejor que descansaran en los mundos posibles. Pocas cosas que recordar con optimismo. Entre éstas, como muestra de labor silenciosa y resistencia al olvido, se puede contar que alrededor de 1973 se agotó la primera edición de *Formas lógicas* y que, entre 1974 y 1975, el libro aprovecha una grieta en el desorden general y logra reaparecer, con papel más pobre y contenido más rico. Pero la Universidad carecía de humus para los brotes de reflexión y abundaba en ráfagas siniestras. *Formas lógicas* permaneció lejos de las aulas públicas.

En 1984, a sus veinte años, vuelve a encontrarse con los jóvenes de su edad en las aulas, los pasillos, los cafés, de la Universidad que lo maltrató y donde vio la luz. Pero esta vez, ¡oh sorpresas del tiempo! (¿del tiempo?) tampoco Simpson está dando clase. Es cierto que —como antes— tampoco está en ninguna de las oficinas donde se gesta la política académica oficial. (Hay algo que actúa en casos así, algo relacionado con la libertad de la inteligencia. Pero cuyo examen nos conduciría a consideraciones impropias de esta ocasión.) Este hecho, que lleva ya diez años, acrecienta la importancia de que hoy esté aquí, en la UNAM, donde algunas personas encontraron que hay un motivo suficiente para dar testimonio de afecto y reconocimiento a una de sus criaturas en su cumpleaños número treinta.

Yo fui uno de aquellos estudiantes de los setenta que nunca vieron *Formas lógicas* entre los ítems de ninguna bibliografía, y uno de esos profesores que desde la mitad de los ochenta lo incluye en sus cursos. Grandes dosis de azar

del bueno me hicieron conocer sucesivamente a *Formas lógicas*, Raúl Orayen y Thomas Moro Simpson. Y así se explica esa modesta *Kehre* individual y mi deseo de estar presente en este acto.

Dije antes que *Formas lógicas* deja entrever, sobriamente, un espíritu nada común. Un espíritu que es sensato creer que su autor ha dejado allí, como al descuido. Para aclarar a qué me refiero permítanme distinguir la labor filosófica profesional de la vida filosófica. Me refiero, por una parte, al honorable esfuerzo por ahondar en algunas discusiones donde se ponen a prueba el ingenio argumental y los talentos especiales para tratar cuestiones específicas. A una labor cuya importancia para la cultura es tan decisiva como pobremente estimada en general, fuera de los ámbitos donde se produce. A un trabajo que atestiguan las revistas y los libros. Eso por un lado y, por otra parte, al viejo oficio de examinar la propia vida, de vivir atento a las señales de los otros, de la historia, y a las señales que llegan de la inteligencia y del lado oscuro y del lado luminoso del corazón. Al oficio del cultivo personal, postergado tantas veces por cultivar talentos restringidos pero de rédito más tangible o inmediato. Al arte que se manifiesta a veces en el diálogo personal, en actitudes casuales, en un tono general para estar ante las cosas. Admito que se trata de una virtud de escaso valor adaptativo individual. Que promueve inquietud y malestar, neurosis y desencuentros. Que tal vez sería un vicio si no fuera porque, sospecho, es uno de los pocos sitios donde buscar algo de justificación para desearle algún futuro a los primates como nosotros.

Trato de decir, entonces, que *Formas lógicas* es un ejemplo de esa labor filosófica necesaria. Y que Thomas Simpson es un filósofo necesario, y que tengo la suerte de saberlo.